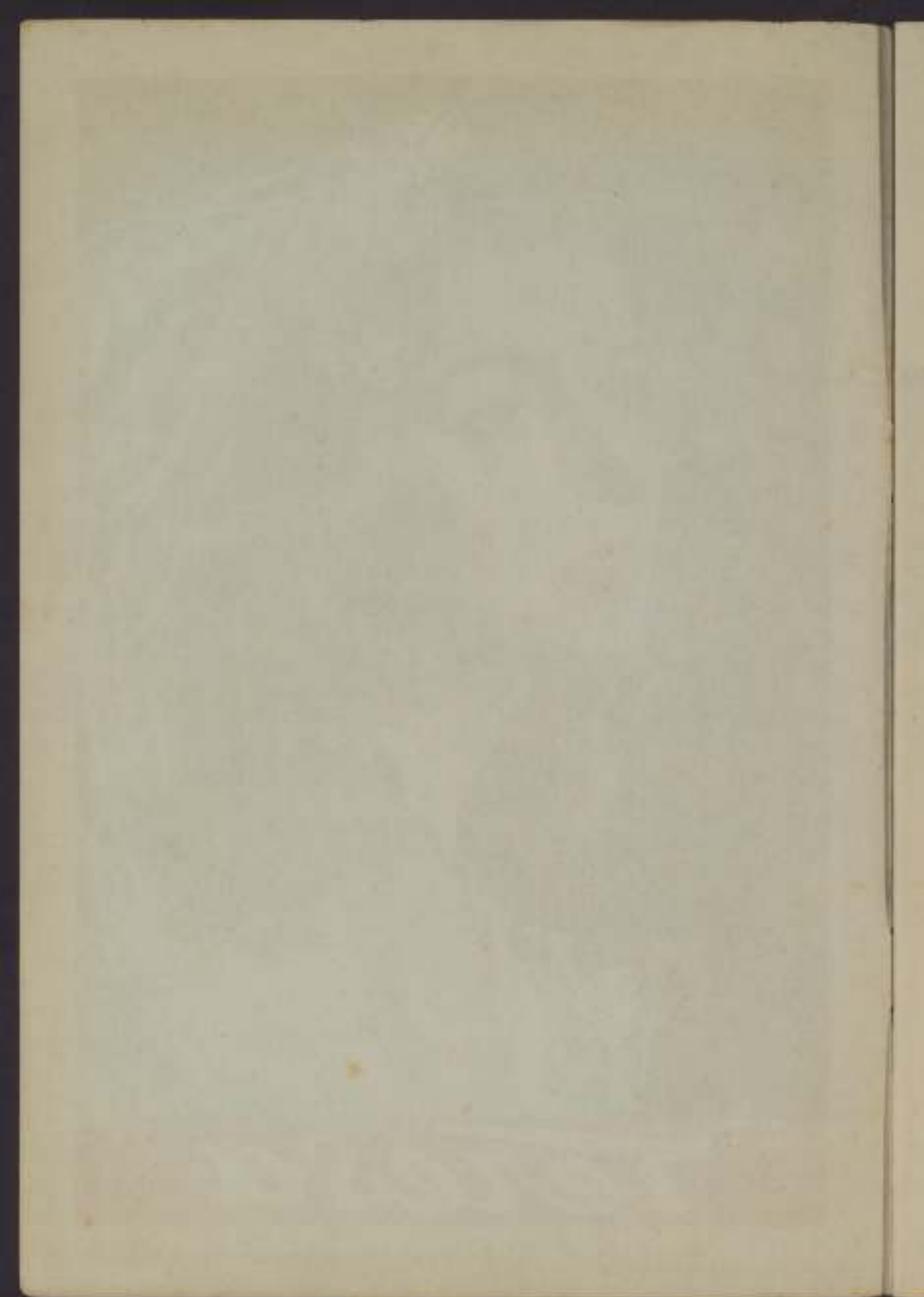


© 1974



Teresa



TERESA

M. G. M.

DE ESTE FILM HA SACADO

M. C. CARO DE ROSAS

LA NOVELA HOMONIMA

EDITADA POR

EDICIONES PAULINAS - MADRID

TERESA

METRO GOLDWYN MAYER

FILMS, S. A. I.



PERSONAJES E INTERPRETES

Teresa	PIER ANGELI
Felipe	JOHN ERICSON
La madre de Felipe . .	PATRICIA COLLINGE
El padre de Felipe . .	RICHARD DISHOP
La madre de Teresa . .	AVE NINCHI
El profesor Croce . .	ALDO SILVANI

Bajo la dirección de FRED ZINNEMANN

TERESA

ON THE 11TH OF MARCH

M. C. CARD DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

TERESA

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT

DE MORT DE MORT



TERESA

En esto había venido a convertirse en una «guajilla de fierro», como dijera el sargento Dobla al comunicar en clave al marcho la llegada de refuerzos. Había salido de Norteamérica, en donde tuvo que separarse de su madre, cuestionando y librando de su hermano, Susan, y de su padre, y abandonando cuanto más se estimaba para ir a un país extraño, lleno de «ojos de hombre», «amulaciones», dolor y odio y quedar convertida en una «covilla de fierro». Por todas partes sangre y olor a cadáveres... ¡No podía ya más!

De pequeña, cuando estaba una tormenta y el cielo estaba agitado como oscurecido por las relámpagos seguidos de truenos retumbantes, tenía a meter la cabeza en el regazo de su madre, considerándose así segura de todo peligro. Y ahora, en momentos mucho peores que los de las tormentas, no tenía cerca de sí ni a su madre ni a nadie. La molestaban fuertemente «amulaciones», «meditaciones» y «consejo del Huesero», el río de su ciudad natal, Nueva York. Y cuando se le oían «adulando» con el ojo avizor, entonces fue sólo el oírlos y a la defensiva, se llamaban «abando» y «li», porque temblaba como un cascote... Pero ¿cómo le iba a hacer el sí ni a nadie a odiar, si nunca había hecho mal a nadie ni quería hacerlo ni que se lo hicieran?

Al presente se hallaba en aquel lugar, rodeada

por la «línea pánica», en un puertecillo de la Emilia que tenía un nombre muy raro para ella, «deleñito», un nombre que se le olvidó pronto en la garganta y que no era más que un montón de escombros en sus dos terceras partes. Primeramente, los «memores»: luego, los «invisores»... el «casita» conserador de la guerra había pasado por doscientos pases, que debían haber sido tranquilos y fecundos en extremo, aplastándose y destruyéndola toda. Los «demonios» con perforación en la alta de aquel monte Lettore, del que había que desalojarlos y vencerlos.

El sargento Dobla, después de hacerlos oírse bruscamente del «semp», quiso saber sus nombres. El Felipe Coss, de poco más de veinte años, había ido en compañía de Chayenne, un «rebutido» muy satisfecho de «nada ni por nada» y de «bonne, más sencillo y benéfico». Llegaron a la boca del «rancho». «Estofado!», anunció el cocinero con énfasis. Apenas se vio en «ad-efo» «estufado», para el cocinero, más «pelado» que un «chico», se sentó inmediatamente «afrodo» por el «ranj» que Felipe llevaba en su «mufico», el último «mapa» de su madre.

—(Maldita sea la «miseria»! Cuando te haga falta algo, «tienes» a «semp». ¿Entendido?

Cambió de «mala» «gano», sentado en una «santa» «coronada» que había en medio de una especie de



pronto rodeado de cosas medio destruidas y de montañas de piedras, restos de cráneos. Chiquitos demacrados, mujeres con caras macilentas y aspecto enfermizo, los miraban a distancia prudente, sin que pudiera saberse qué pensaban de ellos. ¡Habían sufrido tanta con el paso de otros tiempos de un hogar incomprendible que llegaron antes y se hicieron los omes!... Desconfiaban, desde luego, y con sus ojos devoraban aquel rancho abundante y rustico: ¡estofado!

Cuando Felipe recibió de Green—un pequeño ametrallador—un pedazo de pan de hurno de trigo, pero endurecido por ser de varios días, por no poderse davar bien los dientes, crocote enfadado lejos de él. En seguida se produjo un murmullo de asombro y de crítica. Un chiquito de unos diez años se acercó a asombrarse y decirle:

—¿Por qué lo has tirado?

Entonces se aproximó el sargento Dolbe y le hizo comprender que su acción constituía una provocación, porque aquella gente que lo veía se estaba muriendo de hambre. Felipe quedó confuso, como un escolar cogido en falta.

En aquel momento, haciendo bastante tímido, mirando una muchacha de ojos algo desmucados por el miedo y la vergüenza, se llegó junto al pequeño ametrallador Green. Apartaba entre sus manos una estatuilla de fete francés, una victoria dorada que estaba en un estuche.

—Con permiso, dígame. —Dijo con voz que era un apla, una cosa con el óvulo alargada por la delgada, cara de mujer asustada.

—¡Mí madre! —dijo Green, un muchachote siempre alegre.

—Dépame —repuso ella— Desoño hace «bisnes» por comida. ¿Okuy?

¡Ah, ay, sabía también el americano!

—Precioso, es muy bonito hacer buena confite. Siéntate aquí.

Otros varios estuches se habían empezado a abrirse, y la chica, en pie, muy obsequiosa, estaba de explicar lo que quería.

—¿Cuál te ha empujado nuestra lengua?

—En la escuela.

—¿Dónde está la escuela? —preguntó Green, poniéndose, después de hacer una mirada alrededor.

—Aquí, en, en Bolivia.

Para en aquel momento le tomó una vez irritada de hombre y agarró un joven que se le pareció mucho, pero con aspecto seri fiero; lo agarró de un brazo y se lo llevó a empelón.

—No debemos llegar a pedir limosna.

—Si no podía mostrar, quería hacer un cambio con la estatuilla.

Green se dirigió a Felipe, que había permanecido apartado todo el tiempo.

—No es una vergüenza que estos chicos trocien así a las mujeres?

—¡Qué vol! —respondió con aire señador, mientras repetía entre sí el nombre de la chica que había recordado el joven latín: «Jesús»; un nombre dulce; y ¡qué moneda de cambio!, qué cosas!, ¡pero todo eso!

El sargento Brown, bastante y de mores pulgas, los llevó para ver dónde los dejaba, porque en el establo acondicionado para dormirlos no había nada. Cruzó aquel espacio de casa destruida, con una esquina, llevándolos al terre, y se paró delante de una portezuela rematada por un foguero con los cristales rotos. Dio unas golpes y entró sin esperar contestación. En seguida descendió Felipe en la oscuridad, por dentro de las repaldas del sargento, sentado e in mesa, junto al chico que le había echado en cara que tirara al por, al joven que representaba a Taraxa por haber tirado de conaquer comida. Pero en estaba la chica: se encontraban en una sala plena de la planta-baja, casi desprovista de muebles, con un cuadro de la Inmaculada colgada en la pared desnuda; una ventana todavía joven y muy gruesa y un anciano enjuto como un clavo. Todo se volvieron hacia los intrusos sin respirar. El joven fué el primero que habló:

—Pero ¿por qué no nos dejáis en paz?

El sargento Brown, sin muchos cumplimientos, le replicó:

—Esta noche, ¿sabes?, vendrán fete a dormir aquí—volvise luego a sus tres compañeros—. Y



varones, si alguno de estos varones se levanta en gallo, le hacen dormir en tierra.

Entonces la mujer, encogéndose de hombros, dijo en puro dialecto amicano:

—Si pusieran dormir en nuestro caso no la deberían haber bendecido.

Aquella estancia, con otras dos más pequeñas a las que se subió por una escalera interior, era la única que había pertenecido en pie.

—Nos tirarán a la calle como los alemanes! ¡Ja mismo son loco que otros!

Intervino entonces el anciano, tratando de calmarnos con un gesto y, volviéndose a las soldadas, dijoles en un inglés literario, algo difícil pero comprensible:

—Señoras, mis amigos no tienen más que una cosa en la planta alta. Si quieren dormir, tendrán de dormir tiempo para demorarlas.

Bonne se apresuró a contestar que ellas dormirían en el suelo. Felipe asintió con la cabeza. Sólo protestó Cheyenne. La mujer subió entonces a su habitación, se cerró de nuevo la puerta de la cama y respiró con alivio, pero Felipe se adelantó a decirle que les enseñara con la que ellas tenían. Entonces se dobló en un pliegue de agradecimiento. El único que no habló fue el joven, el hermano mayor de Teresa. Si hubiera podido dejarse llevar de su ira, se habría apesadumado. Estaba harto de su submisión, humillación, abuso, crueldades y violencias que había tenido que soportar. ¡Y haber de estar siempre y aguantarse lleno de rabia! Con

aquellos perros que fueron primeramente, tuvo que huir al monte y esconderse como un lobo; había visto matar a intervalos, sin discreción, niños, ancianos, mujeres, y de manera terrible y excruciante. No podía aguantar más. ¡Y...! Teresa Felipe no sabía que se estaba poniendo, mientras su madre trataba. No lo vio, pero creyó que estaba en la cama con todo seguridad... Aguardó a que se durmieran sus compañeros, y no tuvo que esperar mucho; se escondió, y a favor de la noche entró en la barraca donde estaba el cochero huyendo con los cocheros y, sin decir palabra, se puso por delante su rifle de guerra.

—¡Ah, oh, tiene engordado alguna rubia! ¿Cuánto quieres por él?

—Dese cosas de tobacco, carne, azúcar, y otras.

Se le puso todo bajo el brazo, volvió a la cocina, subió con los pies descalzos por la escalera y depositó su carga, despacio, despacio, una cosa tras de otra, junto a la puerta de la habitación donde Teresa estaba durmiendo, cuidadosamente, en compañía de su madre.

Al irse, se despertaron a los gritos de Bonne. Debía llevárselas para hacer algo de instrucción. Felipe recibió bombas de mano, como las demás, tenía un escudito, el acostumbrado moletón, que se notaba en el estómago.

En medio de los ruidos, distante de los compañeros, por las y, dejando su rifle en tierra, quedó desolado y derrotado. Sorprendido de aquel manera el coronel Brown, le zahía con ofensas.





adobados y desprecios. En ese momento operó el sargento Dobbs.

—Vente conmigo. Con—le dijo.

Tenía gran experiencia y había conocido su carácter; pertenecía al de los que sólo reaccionan debidamente cuando están desesperados. La desafió, por tanto, a un match de boxeo.

—Figúrate que ya soy un plebeo. ¡Pega!

Pero Felipe no se atrevió a pegarle a Dobbs, que nada le había hecho. Agredida entonces el sargento, cubriéndolo de puñetazos e insistiéndole con la voz. Felipe se lanzó y acometió a su adversario. Rápidos por tierra, se levantaron sucos y magullados. Dobbs se retiró.

—Así debes hacer si quieres volver a casa con tu mula sana. (Fuera los sentimentalismos)

•
•

El barbero había de tener bastante cuidado a la mañana siguiente para afilar mentones y cuellos.

Algunos anunciaron que había un grupo de muchachos morenos, de ojos fascinadores, lavando en la fuente pública.

Los chicos, vestidos con ropa multicolor y los cabellos recogidos en pañuelos de algodón, habían entre sí de los problemas más urgentes de los repartos de cura, del jabón hecho en casa, verde y raso, como piedra pómez, cuando se vieron rodeados por un grupo de cinco a seis jóvenes, que procuraban ofrecer su moneda y sufrir alguna palabra en italiano. Primeramente condescendencia, sonrisas, luego dirigieron algunas miradas de ira y se retiraron. Tanto cara de cristianos y, después de todo, también eran hijos de mujeres. En medio de aquel grupo de lavanderas huilóbase Teresa, muy pegadita a sus compañeros, y apenas se acercó. Pronto se fijó en ella Felipe, pero no se atrevió a hacerse delante y quedó como aborrito. ¡Qué menudito y delicado era! Un verdadero pajarito! Parecía muy diferente de los demás; se veía que no estaba acostumbrado a semejante forma.

Cuando se acercaron los chicos con su ropa lavada y retorcida, todos juntos, formando grupo, aglomerados los soldados a cierta distancia, pero él no se atrevió. Dobbs, que había presenciado la escena, lo estimuló:

—¡Tú también eres joven! ¡Vete con los demás y diviértete! Vuelve a los cuartos, ¿ta porco bien?

Teresa se había quedado la última, cargada con su rulo, que le hacía inclinarse a un lado. Felipe, que se había fijado en sus sonrisas destalonadas, se acercó del bobillo una tableta de chocolate y se le acercó. Teresa abrió sus grandes ojos y se subió a

ceptor a ver, Felipe insistió y se lo llevó para llevar el cubo.

—¡Pase tanto y es usted tan pequeño!

Si que resultaba pequeña a su lado, un poquito justamente. Se pusieron de acuerdo para coger cada uno de una parte del oro del cubo, teniendo cuidado que no se saliese el oro. Cuando, a la puerta de su casa, le dio Teresa las gracias e hizo ademán de entrar, pidió Felipe que diera algunas cosas más con él, que se encontraba tan solo...

—Para eso tengo que pedirle permiso a mi mamá.

Le hizo pasar y le presentó, después de hacer que él mismo le dijera su nombre. La madre le

Marchaban balanceándose y mirándose muy satisfechos de estar juntos.

Entraron en una pared deruida y se encontraron solos. Sergio se había ido tal vez a coger algún grillo. Espontáneamente comenzaron a tratarse de tú.

—¿Dónde vive tu familia?—preguntó Teresa.

—En Nueva York.

—¡Ah! ¿En uno de aquellos rascacielos?

—No, en una casa corriente. Los italianos creen que todos los norteamericanos son ricos, y yo soy el único soldado norteamericano que no me avergüenza de decir que soy pobre.



acogió con alegre confusión. Había comprendido que era él quien estaba delante de la puerta toda aquella gracia de Dios y le estaba muy reconocida. Pero, el hermano mayor, se acuerda a que la chica coliese sola en compañía de un soldado americano, pero la madre le arregló mandando a Sergio, el hermano, que se fuera con ellos. Un paquete de Chesterfield ofrecido por Felipe la había conquistado definitivamente.

Fiel a la tradición, Sergio se puso a un lado de Teresa y se volvió en rumbo fijo. Poco había para posar por entre tantos ruidos.

Teresa permaneció un poco tiempo en silencio, quizá un poco desilusionado. —Pero qué le importaba, en fin de cuentas? Le preguntó si estaba su casa, cómo era su madre, qué color tenían los ojos de su hermana Lucía. Después, como había estado, le preguntó si es que pensaba coger en su novia, un acuático muchacho cuyo foto guardaba en la cartera. Felipe se rió ante la ingenuidad estúpida. No, no tenía novia ni llevaba retrato alguno. Teresa quiso ver la cartera, porfiando de broma para tenerla. Él le preguntó entonces, a su vez, si ella tenía novia. ¡Oh, no! No se había de ninguna.

—¿Ha querido casarse?
—Si fuera con uno o dieran no amore, no sería una buena esposa, la haría pedacete...

—¿Y si le casara con uno a quien quisiera?

—La haría muy feliz.

Entonces Felipe le tomó una mano entre las suyas; una cosa delicada, casi no se notaban los huesos...

—Pero si no eres más que una chivilla... la esperaba completamente...

No esperaba que le respondiera:

—¿Y tú también eres muy joven!...

Se sentía a veces tan viejo!... Sergio presentóse en pronto y volvió a sentarse al lado de su hermano. Debían volver. En la puerta exclamó Sergio: «¡Gudniay, Jo!», y se entró. Felipe refujo por una mano a Teresa, que lo miraba silenciosa con aquellos ojos negros. Timidamente le pidió un beso.

—¡Ah, no pierdas el tiempo, tú!

Pero lo vio tan antistético, que le puso la cara y dijo que la besara en la mejilla, en donde sobresalía el pómullo por la delgadez. (Pero qué lisa y fina era la piel)

Felipe se marchó como transformado y se sobresaltó cuando Dobbs le llamó. Llegaba tarde y debían irse de exploración. (Pero en seguida)

La patrulla partió en fila india y Felipe marchaba junto a Dobbs. Sentía un frío interior dentro de sus huesos. Tenían que apocarse al pie del monte Lattone. En la cima estaban los alemanes. Debían impedir que pasara cualquier patrulla enemiga. Dobbs, de pronto, le preguntó al muchacho:

—¿Por qué tiembles?

—Porque tengo frío; pero también tiemblo usted.

—Tremble porque tengo miedo.

Se oyó un ruido sordo. Algún animal habría tropezado con cualquier mina. Dobbs dio orden a Brown de abrir fuego y llamó a Felipe junto a él. Debió permanecer atontado, o la expectativa. Y disparar la pistola luminosa apenas porque la patrulla para avanzar. Lo dejó solo, a pesar de sus ruegos de que lo llevase consigo. Le puso al cuerno su bufanda de lana, totalmente caliente, y se fue al lado opuesto. Felipe se sentía cada vez más asustado. Soló del escondite para acercarse a Brown, con la excusa de saber cuántos hombres podían componer la patrulla enemiga. Brown se enfureció, se encorvó, mandándole repetidamente que se marchase a su puesto. Entonces pensó la cabeza y se dio a vagar de aquí para allá como un borracho, oyendo, omeando, ruidos extraños, pesos amenazadores. Llamó: «¡Dobbs! ¡Dobbs!», hasta que cayó al suelo, dando con la boca en el fango, sin conocimiento.

Se despertó en un hospital, después de sueños prolongados, en los que la cara seria de Teresa se transformaba en la de su madre, qué, a su vez, quedaba convertida en la de Dobbs. Apenas se percató del lugar donde se encontraba, preguntó a su



vecina de cama, el barbero Turk, que tenía la cabeza vendada, qué se le que había sucedido. ¿¿¿¿¿? ¿¿¿¿? No, tan sólo tenía un shock nervioso desde aquella noche de la exploración. Entonces Felipe se incorporó bruscamente:

—¿Y Dobbs?

Turk agachó la cabeza y dijo en voz baja:

—Él muerto!

Felipe volvió a caer en las atenciones, cerró los ojos y lloró.

La convalecencia fue más breve de la que los médicos habían previsto. Felipe era un muchacho sano y la juventud hace milagros... Escribió a Teresa contándole cuanto había ocurrido con sinceridad despiadada. A la madre le había llorado ya como muerto...

Cuando salió del hospital, se encontró de repente transportado de alegría, loco de contento, al saber

que la guerra había terminado. Todos parecían barriochos, y las carretas y carros se veían llenos de jóvenes vestidos de las formas más extrañas... Podió caminar en un «jeep» y por toda el recorrido observó el mismo paisaje, idéntica locura, la misma alonda de pablitos embriagados...

El fin de la guerra significaba volver a los Estados Unidos, a su casa, entre los suyos. Pero significaba también decir a Teresa para siempre...

A una milla de Schœdel, el cielo se oscureció de improvista y un violento torbellino lo llevó hasta los huesos. El pueblito se hallaba sumergido en tinieblas, pero se oían corchos y ríos por dentro de las casas. Llegó a la portazuela bajo el agua torrencial. Antes de bajar, abrió la puerta y se encontró con Teresa. Parecía que lo hubiese sido llegar. Sergio estaba detrás de su hermana, y él re-

conocer a «Joe» (el hermano del padre los soldados norteamericanos), se puso a gritar; pero Teresa lo hizo callar.

—Despertada o mamá: vete a la cama, ¡hala! Sergio subió la escalera y llamó a su hermana María para que acabara a estudiar a Felipe, que había vuelto. Teresa le hizo quitarse la chaqueta, que estaba charreada, y mientras lo miraba con aquellas miradas tan interesantes, atractivas, profundas, se sentía feliz y no acababa a expresarle. María apareció en la cima de la escalera. No parecía él, su cara, arrugada antes, se había extendido y había rejuvenecido hasta mostrarse casi contenta. Ahora Felipe no era ni un invasor ni un liberador, sino un joven como él, o quien la vida podía ofrecerte aún muchas perspectivas e incluso amorita.

—Dime qué me ha pasado a estas horas, pero me iré pronto.

María protestó:

—¿Adónde quieres irte? ¡Al Grand Hotel! Pueden dormir aquí, en aquel diván, por esta noche.

Después volvió a subir. Había comprendido que los dos jóvenes deseaban estar a solas. Pero Teresa solamente le preguntó a Felipe si deseaba algo y se despidió, deseándole buenas noches. Se metió rápidamente en la cama de matrimonio, que estaba inclinada del lado en que dormía su madre, y sacó de debajo del colchón su oculto, el único juguete que le quedaba, su más querido amigo y confidente de la infancia, su mascota. Lo abrazó contra su pecho. Pero no logró dormirse. Sentía como un reclamo la presencia de Felipe. Finalmente, con la oscuridad que tendría necesidad de tomar algo caliente, se puso una bata y bajó cautelosamente con las uñas descalzas. Él con estaba despierto, con los ojos bien abiertos. No se sorprendió de verlo delante, como si lo hubiese esperado hasta aquel momento.

—¿Quieres una taza de café?

—No, pero no te vayas tan pronto. Existe un poco conmigo.

Le había tomado ambas manos con las suyas y lo miraba con ternura.

—Qué delgada estás, qué delgada! ¡Parecen verdaderamente un pajarito!

—Estoy feo, lo sé; pero ¡he sufrido tanto! ¡Y por ti también!

—También he sufrido yo. Pero tú no estás feo. Me conmueves, sencillamente.

Teresa puso la cabeza en su pecho y él apoyó los labios sobre la frente de ella. Eran felices como dos niños o como dos pichoncitos.



Felipe no se marchó al día siguiente. Cuando bajó la mamá a saludarlo, muy contento porque lo hallaba sano y salvo, lo hizo reír al preguntarle si podía darle el regalo.

—¿Quieres usted que me case con el «Pajarito»?

Los días que siguieron salían a gloria. Felipe entraba en los Estados Unidos con la primera ex-



peñón en la segunda mitad del río. A quienes los aconsejaban que optasen la hula, contestaban las dos jóvenes:

—¿Para qué estas? ¿Por qué vamos a poner el Océano entre nosotros?

Las diligencias necesarias se hicieron volando. La mamá hizo verdaderos equilibrios para preparar el equipo de novia. Transformaba vestidos antiguos. Cuchillo, cartado y lino, pensando que su hijo único se iba a marchar a vivir tan lejos... Para vestido de novia, que debía ser «enteramente blanco», tuvo la ayuda de toda el vecindario. Alguien le ofreció el terno de un esbarranito para boda; otra, el hil de la moquillo para el velo de desposada; quién un anillo antiguo... Todos los modistos del lugar se reunieron en casa de Teresa para coordinar adecuadamente tantos elementos heterogéneos... para una tan gentil la chica, que toda quedó armonizada con naturalidad en su cuerpo delgado.

Del altar se preocuparon los amiguitos de Sergio, niños y niñas, a quienes nada costó escarificar por el campo para coger las flores que adornó la tierra con tanta generosidad.

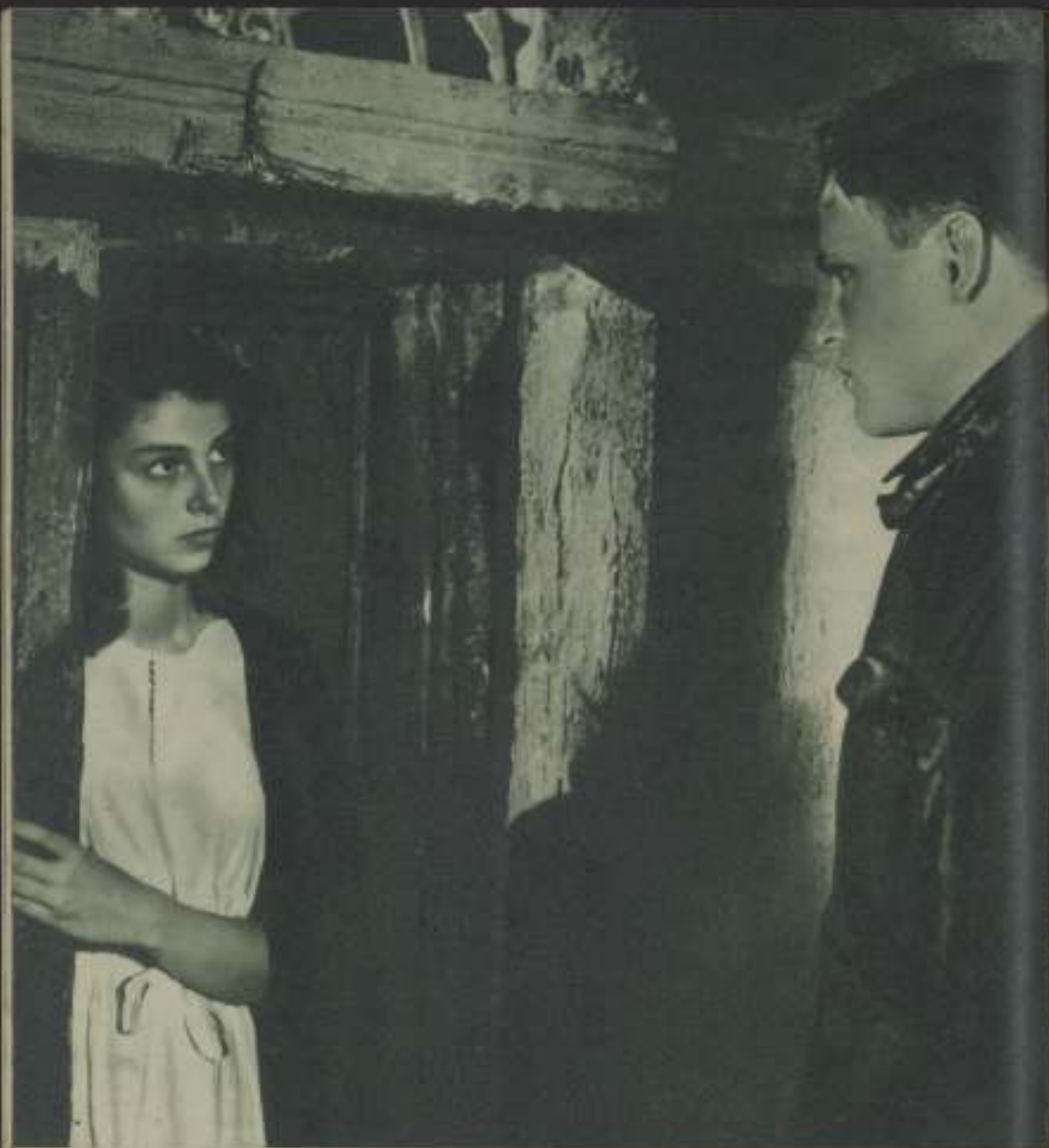
El señor cura, don Luis, sacó del altar, desde había coleccionado durante tantas misas, los ornamentos sagrados, y con ayuda de los chiquillos descubrió el altar de entre el cúmulo de escombros de la iglesia, destruida por los bombarderos. Tan sólo había quedado intacto un águila o ventanal, allá donde un día había estado el óculo, y también le subieron con amapolas. Solitaria como el hilo de los

valles, el compañero romántico, casi intacto, proyectaba su sencilla romántica sobre ocum altar en armonía del Señor.

Mientras todos trabajaban para ellas a fin de que resultase lo más bello posible la primera fiesta del lugar, Felipe y Teresa vivían su ensueño, hablando poco y corriendo siempre. Era esta fase encantadora de su amor, sin preocupaciones de índole material, un cielo en nube alguna, sereno y un poco lúgubre.

Prácticamente así, sereno y un poco lúgubre, entró el día de bodas al día de la boda. Bajo los mirados de todo el pueblecito, reunido por la fiesta, subieron hasta el altar elevado, pronunciaron su «sí» y se colocaron el anillo nupcial en el anillo. Abrazaron a sus parientes y amigos y descendieron portando por un tronco triunfal adornado con ramos de trigo, de arroz y moñones de lana. El convite fue de los de antaño. La entrada estaba libre y la gente entraba y salía, bebía y daba la enhorabuena. La madre se multiplicó por cuatro en la preparación y servicio de la comida. «Nada de herencia», se dijo desde un principio. Pero cuando llegó Teresa al dormitorio de ambas y la ayudó a ponerse el vestido de novia para el viaje, viéndolo tan delgaducha, con su dulce mirar, tuvo que esforzarse mucho para atajar el llanto, que a ratos le venía a los ojos.

Llenó, sin embargo, cuando abrazó a Felipe, que no valiera a Scadali. Se marcharía a Nueva York después del viaje de novia y Teresa se unió con



El más tarde, juntamente con otros muchos espasos de guerra.

El viaje fué una especie de aventura. Debieron incluso bajarse del tren y caminar un buen trecho antes de volver a subir, por causa de un puente que se había hundido. Teresa no se extrañaba de nada, pero Felipe miraba aquella sucesión interminable de ruinas con el corazón encogido. ¡Pobre Italia! ¿Qué harían para reconstruirla?

En Florencia, donde con tanta violencia se había

combatido, sangraban los heridos todavía, por así decirlo. Aparecía destruido el más hermoso puente, de un solo y armonioso arco; derribadas las casas a una y otra parte del puente viejo. Los monumentos se hallaban cubiertos aún, embutidos en sacos de arena; las esculturas más notables de las fachadas de los palacios de piedra serena, quemadas por embalsajes de madera...; pero lucían un pórtico, la hornacina de una Virgen iluminada por la lamparita de hierro forjado en la esquina de calle enco-



to, la perspectiva del una avenida o carretera, el color de una piedra, la vista de una plaza, la silueta de un ciprés haciendo la guardia de un cenado, para dar a la ciudad su carácter inconfundible. «Era una abeja en comparación con Nueva York», pensaba Felipe. Pero ¿qué encanto y cuánto ornamento! Excelente como su «Pocillo»!

Roma no era Florencia. Teresa se rió cuando Felipe, muy serio, hizo este descubrimiento. Más que la sencillez del cielo y el número incontable de monumentos arquitectónicos, gustaron sobramanera a nuestros dos jóvenes las fuentes y jardines y casas bajas y altas, el mar de piedra, limitado a veces por un pino enorme y coqueto, donde vida, variedad, movimiento y color a cada perspectiva. Entre tantas columnas rotas y arcos indolentemente en pie y azules de techos, entre incontables capiteles enruinados por la hierba, pareció la ciudad a los jóvenes espaciales no sólo con más vida que nunca, sino imprecisamente de verdad.

En la plaza de España, al lado de la «Barcaccia», a los pies de aquella «escalinata del peral», Felipe llenó de rosas las bridas de Teresa. Aquellas rosas se mantuvieron frescas hasta el momento de la separación.

Habían vivido y pasado hora tras hora en paz en el infierno. Por eso se habían sentido completamente dichosos. Llegaron así el último día. Felipe se despertó, de pronto, al alba y se metió en el cuarto de baño; pero Teresa, que hacía un rato que se había despertado, le preguntó:

—¿A qué hora tiene la salida?

Se sobresaltó la del barco, pero esta palabra le quemaba las sienes.

—A las nueve; me queda muy poco tiempo.

Entonces Teresa comenzó a llorar y le suplicó que no se fuera, que no la dejase sola. Lloraron las dos, confundiendo, juntas, sus lágrimas; después se miraron, y viéndose tan enojadas, con la nariz abultada y enrojecida y las ojos empujados, se rieron como dos chiquitas.

No permitió Felipe que la acompañase Teresa. Le dejó en la cama, con orden de que no se levantara hasta que la duquesa le avisara al despertarse. Su fin no salió hasta las diez. Teresa tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para dominarse.

—¿Ma qué es siempre mucho?

—Siempre!

Felipe tomó sin decisión la maleta y, sin volverle, echó a correr hacia adelante como si lo persiguieran. Teresa oyó sus pasos por la escalera; después se metió bajo las sábanas y echó a llorar irracionalmente.

*
* *

Susan estaba hermosa aquel día. Se había hecho pasar de un joven barbeador, una bella esperanza, y se avergonzaba de hacerlo a la sencilla casa de Bernarda, sin escuela murmurante, a un pan de dos habitantes y debiendo recibirla en la cocina.

Todavía no había llegado Susan a los veinte años. De estatura mediana, regordeta, rubia, tenía un carácter enérgico e independiente, que contrastaba con su físico. Su madre no se había preocupado más que de su hermana Felipe. Esto era para ella su hijo, vivía para él. La naturaleza despótica de su madre tenía siempre necesidad de proteger a alguien y de dominar. Susan se apartaba de su dominio, se le parecía en el fondo, tenía su personalidad y no se sentía necesitada de ella.

—Esta casa es un río de infame—dijo Susan, sentándose a la mesa y golpeando la perla con la cuchara, sin poder probar bocado.

—Huele un poco a húmeda—sentenció, calmada, el padre—. Hace veinte años quería irme al Oeste, pero tu madre...

—¡Al Oeste!—contestó, riéndose burlescamente, la mujer—. ¡Anda, anda, come!

—Me entran de tener que recibir aquí, en la cocina, a Víctor.

—Recíbelo en la tina de los peces; por lo menos, debajo del agua no dirás tantas majaderías.

El señor Cass inclinó sobre el plato y se volvió convulsivamente. Si un cafonero había tenido nunca poder para despertar su natural perezoso y apático, su mujer lo había anulado por completo a fuerza de furia, refutaciones y lamentaciones. Reaccionaba solamente de cuando en cuando con alguna insinuación irónica, pero en seguida dejaba que hi-

ciera su voluntad, como siempre. Cuando su mujer iba presa de un ataque de histerismo, pensando en su hijo lejano y en ciertos peligros, era el primero en desaparecer de la casa. Susan lo seguía. Entonces la señora Cass lloraba largamente, se sentía sola, una extraña en su propio casa, sin pensar que ella misma era la que había creado aquella situación.

Estaba Cass para levantarse de la mesa, su mujer limpiando los platos y Susan mirando los peces rojos en el estanque de la ventana, cuando tocó el timbre. Entre la cocina y la puerta de entrada había un cuchitril, pero la voz de Susan, que había ido a abrir, se oyó muy distintamente exclamar con grito sofocado:

—¡Felipe!

La señora Cass se saltó el delantal y unos segundos después estaba abrazada al cuello de su hijo, muy temerosa, como antes de la convulsión.

—Encended la luz—gritó—. ¡Quiero verlo bien!

—Bien venido, soldado!—dijo el señor Cass, besando a su hijo en las mejillas.

—¡Papá!

Nada habló entre los dos. Pero la madre volvió en seguida a primer plano, ocupó al hijo y empezó a forcearlo como para asegurarse que nada tenía roto ni le faltaba.

Después de los primeros efusivos, Felipe miró en su alrededor. ¡Qué extraño le veía todo! Nunca se





había sentido tan «desnaturalizada» en su casa. Las prietas de su madre que significaban en forma que abrenchada en haber, de comer y de fumar, usándolo a propósitos, le sonaban. Se sentía vacío como un límite expuesto, y eso debería quedarse con para llegar a su «Pajilla» y volver a vivir con ella las horas más buenas de su primer encuentro, del breve éxtasis del viaje de novios. Su madre había envejecido mucho y le hacía pensar en forma de los labios, se había profundizado. Sentía pena. Quería sus ojos, fingiendo dormir, y se dejó importunado de lejos hasta que se durmió de verdad, rendido por el viaje, que había sido muy caótico, y por las emociones del regreso. Durmió hasta el día siguiente, pasando las veinticuatro horas, y no volvió a su padre y hermana, que se habían levantado y vestían y comían, de cualquier, desayunado en un rincón de la cocina, le alcanzó en dando su madre le preparó la comida, y marchó al trabajo ordinario. La madre, que le había preparado una comida con su desayunar, le obligó a haberse un vaso ardiente de leche, o tomarse tres tazas de té y a comer algunas recordadas de pan con mermelada estropeada, comiéndose una aceituna y se levantó siempre tarde y tenía que merendado y vestido ella para que en se le levanta tarde para ir a la escuela. Le había preparado en el comedor una comida, le merendado de un plato, el labón, la brocha, el cepi-

llo de las dientes, toda bien oliendo en el estante de trastes; había estado del amor en todo tiempo, una cubeta, el botellín de soda, los zapatos de lujosa marón.

Cuando el chico volvió a su escuela, sentido de aquel modo, sentido día muy complicado. Muchas veces, durante la larga espera, había desconfiado de volverlo a ver, se le atravesó otra vez, le hizo más preguntas sobre su vida de soltero y después de mucho tiempo a contarle sus penas. No debería haberle así, pero le decía que no sabía cómo pudo encontrarse en sus tiempos de su padre, un hombre increíble que no sospechaba para nada, totalmente a toda, que se había dejado a ella todo el peso de la familia y que no le había recordado en nada y que no le prestaba nunca alguna ni misterio ni moral. Felipe no admitió a su madre. Tal vez, ni siquiera la quería, pero le desagrado que hubiera de aquella manera y sabía más aún porque desde había tiempo pensaba que si se le notaría en muchos cosas.

—Es un verdaderamente milagro que hoyos llegara a mayor, si te hubiera perdido, lo habría perdido todo. Por otro parte, durante tu ausencia, tenía que darme mucho de por «dónde» te habías separado.

Felipe, que estaba por confesárselo todo, hizo un gesto que su madre interpretó a su manera.

—No, no; realmente nunca hubieras sido una mujer.



teceros. Eres demasiado joven para cargar con las obligaciones de una familia. Has de reconstruirte, divertirti ahora que cuentas con la suerte de tener tu casa y una madre que mira por ti. Y, además... ¡el tuyo y la mujer, de tu tierra han de ser!

Felipe no se atrevió a hablarle de Teresa; le dejó para más adelante, cuando se hubiese acostumbrado le mundo y estuviese acostumbrado a su presencia. De un bolsillo interior se sacó la foto de su casamiento con Teresa, amoldada junto a él ante el escritorio recién descambiado, y lo escondió en un armario, sintiéndose aliviado, como si hubiese cometido una villanía o una traición.

Ahora precisaba pensar en hallar trabajo para proporcionar un nido a Teresa; ya que no podía pensar, ciertamente, en aparecer allí, hacerla dormir en la cocina y hacerla vivir con su madre.

Se sentía ansioso y esperanzador. Para cuando despertó al cuenta a su madre al día siguiente, hallándose toda a la mera, vió que acogió su proyecto con una especie de compasión. No tenía ningún aficio determinado; había perdido sus relaciones. ¿Qué motivaba su prisa por encontrar trabajo? ¿Es que deseaba dejar su casa? Su madre le dio quinillos y dinero para ir al cine y que se divertiese algo. Lo trató prácticamente como a un chiquillo y él se desanimó.

«¿O me espanto ahora en seguida o ya no me cobraré!» Pensaba con terror en el ejemplo de su

padre, que, por dejarse tomar por el día siguiente, había terminado por no decidirse a nada en la vida...

•
•

Teresa había hecho el viaje de regreso marchada en una especie de tran pora gonado con coches, en los que las ventanillas habían sido sustituidas por tablas clavadas, casi sin luz ni ventilación. La gente amontonaba en tanto suya bultos y más bultos, pero ella no daba muestras de fastidio, recogida enteramente, tenía los ojos entornados para pensar mejor en aquellos días maravillosos que apenas habían pasado y eran ya puro recuerdo. Valdrían pronto, sí, sí, muy pronto... Llegó cansada y churizada a la estación de ..., en donde le esperaba toda su familia, en compañía del profesor Cereza. Subida a una especie de cama de entono, ni siquiera sintió las vibraciones durante el camino, molido por el efecto de su madre, que se la comía con la mirada, y el de sus hermanas, que le abrumaban a preguntas.

Después del viaje, Scápoli le parecía una cosa muy húmeda, pero no por eso menos preciosa. Todavía le parecía más padre y pequeño en la gran urbe norteamericana aquel pueblito donde ella había nacido y vivido, pero su recuerdo permanecía en el fondo de su alma como el más querido de todos después del de su madre.

Aquel período fue inolvidable para ella. Escucha intensamente con la conciencia de sus seres queridos y pensaba en su amor ausente, que pronto volvería...

Un día se hallaba acostada junto a su madre, cuando oyó a Sergio aplicando un telegrama que llevaba en la mano.

—[Teresa! Teresa! ¡Se me marcha a los Américos!

Era, efectivamente, el aviso de partida, con indicación del día, la hora, el puerto y el nombre del barco.

Sólo entonces se percibió la madre de la triste realidad del desajuste. La acompañó, juntamente con María, para ver dónde iba a dormir en el barco y con quién, y quería conocer también a los otros esposos, una nube de muchachos amatenidos de todas las regiones. Vió desde el muelle llevar anclas, vió a Teresa, que agitó desde el puente del navío, fríamente, un abanico; levantó el pañuelo y permaneció firme, como petrificada, hasta que en el horizonte se fué más que un punto, una leve nubecilla, dejando entonces que el llanto le inundase la cara.

•
•

El drama de Felipe, el drama de los licenciados que habían abandonado la vida civil sin haber conseguido todavía un empleo fijo o sin terminar su

corrente, dados sus pocos años, quedó delineado con toda su tramea.

Felipe no contaba ni con amistades ni con protección; no los tenía por parte de su padre, incapaz hasta de darte un buen consejo que le alentara, y su madre se ultraba cada vez que se veía salir en busca de una colocación cualquiera. Llamó a muchos puertos, tuvo que ver caras duras y caras indiferentes. Cuando le preguntaban qué es lo que sabía hacer, respondía que estaba dispuesto a trabajar en todo, respuesta muy vaga y nada segura. Si le preguntaban qué había hecho hasta entonces, contestaba que había estado en la guerra; y se alegraban de él y le despidían con la promesa de que «lo tendrán presente». Felipe se encontraba entonces en la calle más desesperanzado que antes.

Mil veces, cuando su madre le decía: «No te pre-

ocupes; disfruta de la vida», había estado a punto de decirle: «¿Pero no sabes que tengo mujer, que la espero de un día a otro y que le he prometido hacerla feliz?» Permanecía horas y horas en su cuartucho sin despegar los labios. Entonces se posaba su padre por la estancia como un oso por su jaula y su madre le decoraba ofreciéndole una bebida, un sello o pidiéndole la jacaeca.

A la hora del correo, cuando se oía una llamada prolongada del timbre de abajo, sentía como una sacudida nerviosa, se galvanizaba. Susan estaba casi siempre más lista que él y bajaba contenta. Cuando llegaba corra de Tereso, le tomaba en el sillero de la escalera para que su madre no le viera y se iba cuando estaba sola. Era al mismo tiempo uno alegre y uno paco.

Un día estaba precisamente esperando a co-





tero y vió a su madre subida en una silla quitando el polvo del amario ropero. Siguió con la vida, alarmada, los movimientos de la boyeta, que iba llegando arriba, arriba, muy cerca del techo del mueble. De pronto, tropezó con algo, alargó la mano y alcanzó el sobre en el que Felipe tenía escondido el retrato de Teresa con el vestido de novia a su lado, enroscada en el reclinatorio.

Susan, en aquel momento, se rala y trató de hacerle coquillas. Su madre lanzó un grito. El chico apenas tuvo tiempo de acudir para impedir que se escapara de espaldas. Susan, extrañadísima, no podía comprender de qué se trataba. Aterrada, con los ojos desenfocados, con un tono reservado para el anuncio de una coartada sin igual, exclamó la mujer:

—Se ha casado!

Durante muchos días vivió la señora Coes como ciego a todos y a toda. En vano intentó Felipe aproximarse a ella para justificarla. Volvió los ojos al suelo apesada sin morar y sin atenderla. ¿Cómo habría sido posible que le ocultara a ella, su madre, un acontecimiento de tanta importancia? Ahora vendría la esposa y ella la perdería para siempre. Nu-

biere hecho lo que fuera por encontrar otra cosa y marcharse de allí. Pero un día, vencida por la insistencia afectuosa del hijo, lo escuchó, y la crisis se resolvió en un lanto muy prolongado.



El viaje de Teresa era el mismo que realizara meses antes Felipe; pero, espiritualmente, era el opuesto. Felipe había dejado a su amor para volver a su patria y a su familia; ella dejó a la patria y a su familia para ir hacia su amor. Desde los orillas opuestas de dos continentes los llamados tenían una fuerza igual. Entre todos los componentes de vida interó con una, una muchacha de Los Mochos, joven como ella, con dos grandes y dulces ojos grises en una cara de virgen pictórica. Se llamaba Beatriz y se había casado con el propietario de un gran

negocio de Nueva York, se prometieron volverse a ver y ayudarse mutuamente en caso de necesidad.

Cuando vieron desde el puente situarse la gran ciudad con sus líneas inconfundibles torres y ríver, se abrazaron y se besaron. Bajaron todos en grupo, coratiéndose para sentirse más unidos en el momento de mayor emoción. Volverían tras una emocionada un grupo compacto de hombres, todos jóvenes, que agitados los brazos y lanzaban gritos de alegría. Oyeron sus nombres repetidos en voz muy alta: «Marcel! Lucía! Matilde! El rapa-

har» fue llamándose uno a uno con el alboroto. Uno a uno saltaron los moridos la sena y se precipitaron, entre ríos y aplausos, al encuentro de sus esposas respectivas.

—Señora Teresa Cosa!

De prntero, Teresa no entendió; después, cuando vio a Felipe avanzar, confundido, entre mil, con su risa abierta, un poco infantil, y con sus ojos claros, corrió como una gacelina a echarse en sus brazos.

Se marcharon entre aplausos de frenesí, porque





formaban una pareja ideal, copiosos de la mano. Teresa estaba bebiendo contemplando los imponentes muros de las habitaciones que se abismaban en el cielo plomizo y las calles de tráfico tan intenso.

Llegó a la casa de Felipe, una vivienda con sus ventanas, grises, un poco trémula, abrió la vista y luego siguió a Felipe escaleras arriba en número interminable, silenciosa, con respiración anormal. Susan, que los había visto venir por la ventana, corrió al encuentro de la esposa y la abrazó con verdadera caricia. El señor Casa le besó la cabeza. La madre no apareció. Cuando, llamada a grandes voces por su hijo, hizo acto de presencia, tenía una cara alargada y las pórpadas con señales de haber llorado. A Teresa, que le preguntó si no la había desilusionado, le dijo que la encontraba aún más guapa que en los retratos; pero su tono de voz era protocolaria, frío. Y cuando Felipe propuso a Teresa que lo llamara mamá, le repuso rápida:

—Que me llame Clara.

Parecía que todo marchaba con normalidad hasta que Felipe se dio cuenta de que su madre, en contra de lo que mutuamente habían acordado, puso su mesa en la habitación destinada a los esposos, haciendo imposible que Teresa durmiera con Susan. Se excusó con que lo hacía para que estuviera más cómoda. Pero Felipe aceptó la excusa, más no la decisión. Teresa permanecía callada y un poco temerosa.

Se encontraron solos los dos solamente por la noche, después de la cena. Felipe se llevó a Teresa a lo terrático de encima del techo, donde tendían la ropa blanca. Lució la luna llena que fumaba sombras oscuras con las salientes. Teresa estaba en segunda a Felipe su preocupación:

—¿Tendremos una casa propia?

¡Ay, Señor! Hecha estado sufriendo todo el día por la extraña conducta de su madre, por el mutismo inesperado de su «fajajilla», por el temor de haberla desilusionado con la modestia de la vivienda. Ya sabía ella que era pobre, pero no se esperaba que ni siquiera hubiera una habitación para los esposos.

Estos pensamientos y el de que por el momento no era posible hacer cambiar toda aquella, le irritaron consigo mismo. Respondió bruscamente:

—Sí, una casa, un auto y un pelo en el Metropolitan.

—Oh, no es preciso tanto; basta con una vivienda reducida, pero que sea toda para nosotros...

—También me gustaría eso, pero los alquileres están muy elevados, y sin empleo...

—¿Sin empleo?—preguntó Teresa abriendo desmesuradamente los ojos.—¿Tampoco tienes empleo?

Felipe intentó atraerla hacia sí para no verse obligado a contestar; pero ella se quitó bien. Mes al momento, viéndola triste, se corrió y la abrazó; le dijo que ella se sentía feliz porque lo tenía a él. El empleo lo encontraría; pudo lo buscarían juntos...

*
* *

Por las cosas no cambiaron con la llegada de Teresa. Ausente o presente, próxima o lejano, la madre



de Felipe llamaba siempre y creciendo sin poder pararse. Teresa se sentía como en una prisión y sola, aun cuando se quedaba en carísimas reuniones, a solas con Felipe, que no parecía a nadie su mente, se desahogaba en sí mismo.

La madre le enseñaba para que salieran y se distrajeran, para que se divirtieran y no pensaran en más de la casa... Solamente en el Central Park, tan exterior, umbrado, verde y lleno de niños despreocupados, en el corazón de la metrópolis, era donde Teresa se sentía de nuevo serena y enamorada. Recordaba los días felices de su infancia en espera del día de la boda...

Vagaban por las avenidas, por las orillas del estanque. Después se tendían en el césped velludo de un prado cercano del sol. Pero un día, mientras se hallaban en aquella posición, inmóviles, cara al cielo, volvió Teresa a la carga. Apoyó su cara en las rodillas de Felipe y de repente, cubriéndose los ojos con su cabellera, dijo:

—Felipe, soy muy desgraciado!

El se incorporó de golpe, le abrió la puerta y se fue para verla mejor.

—¿Por qué? «Pejoritas»? ¿Es por culpa de Nueva York o mía?

—No le sé, pero usted cuáquero como por tener una vivienda entera para nosotros y alejarnos de ellas, ¿nos dejó de eso?

Al no estar Felipe se asombró.

—¿Qué es qué? ¡Hable pronto! ¿Quién es ella? ¿Por qué no me responde?

—Fue no la importante—dijo Teresa con amor-puro.

Entonces se levantó Felipe y como que se volvió a casa; pero ya en ella, no audió a salir a su madre en la cocina, según acostumbraba hacerla. Se sentó ante el terrado. Cuando bajó, Teresa estaba ya acostada, con la cabeza de una fuerte jaqueca. Evitó el encuentro con su madre y salió de prisa. Estuvo fuera casi una hora. Cuando volvió se fue a ver a Teresa, que estaba inmóvil, con la cabeza baja las sábanas, como la mañana de su despedida en Roma, cuando no pudo verla después. Colocó un ramo de macis encendidas junto a la almohada. Ella notó el perfume, sacó una mano, abrió la sábana y tendió los brazos a Felipe.

Durante la noche decidieron obrar con energía. Había que atacar al ataque y no dejar de probar ningún medio. A la mañana siguiente Felipe compró un diario y repuso los anuncios económicos en compañía de Teresa. Los comisionistas eran los más solicitados. Se requería decisión y soltura en el hablar, dos cosas de que carecía bastante Felipe. Se preparó un buen discurso y lo pronunció mientras Teresa tendía y su madre sacaba los platos.

—Dígame, señora—dijo con mucha seriedad a su madre—, cuando tú me la vendiste, ¿qué hace usted con el agua en que lo he cocido?

—La tiro al fregadero.

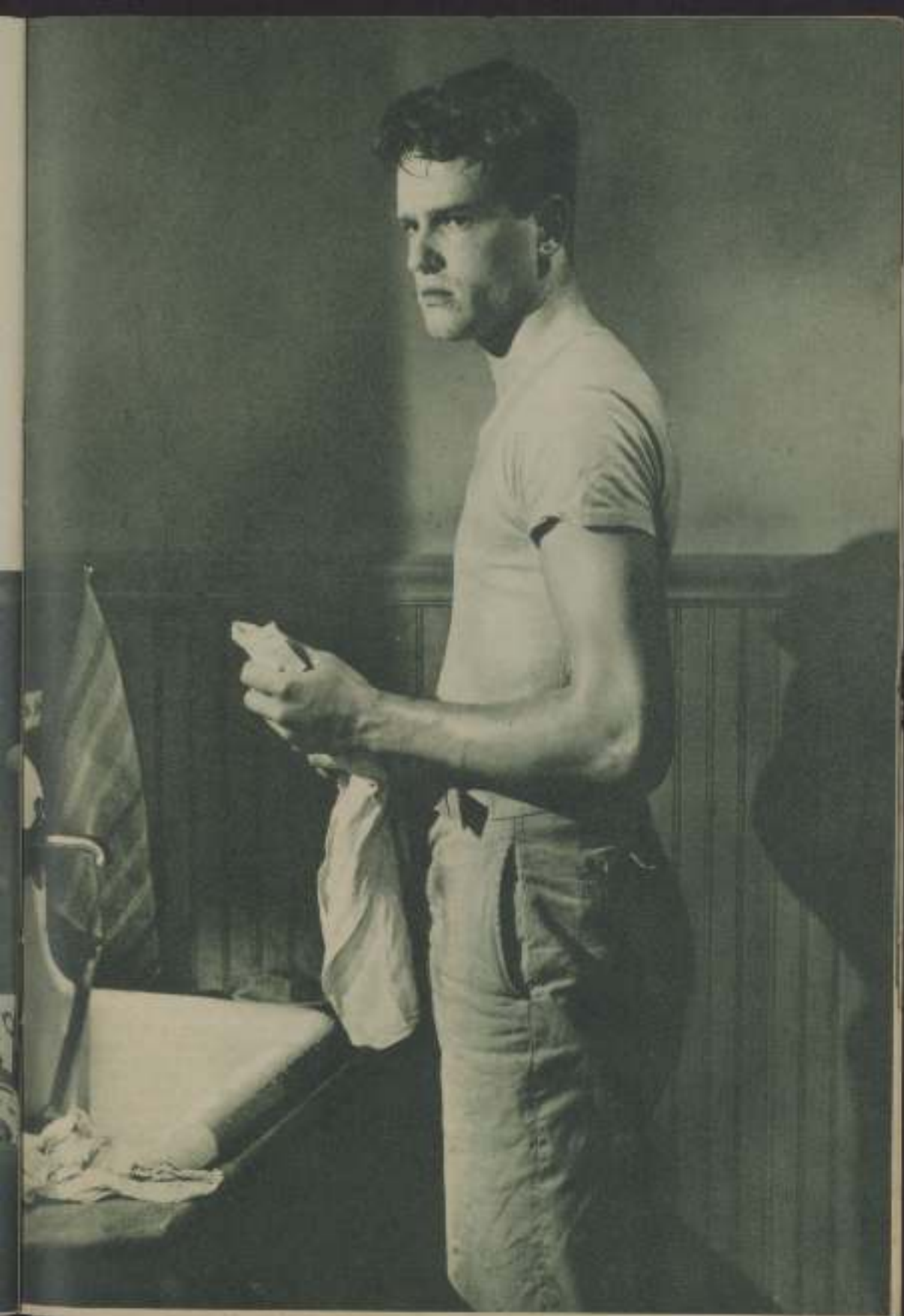
—Muy bien. Si su fragadera tuviera intestino, no habría ser mejor alimentado.

—¿Pero, chico!—dijo la señora Cere— Teresa, respágame más fuerte.

—El 85 por 100 del pueblo norteamericano padeca de parositis. El 60 por 100, de anemia. Para todo eso se remedia con el hervido a vapor «Salud y Bienestar».

Teresa se rió de la retumancia; la señora movió la cabeza diciendo que su hijo no tenía manera de comisionista. Teresa protestó. La señora volvió a insistir que con el jarro de su padre y su tía.





vida de ex combatiente había para vivir bien, y, además, que tenía mucho tiempo por delante.

—No—contestó Teresa—, no tenemos tiempo.

Felipe comenzó en seguida su trabajo de «comisionista en plaza» previsto del famoso hervidor. Pero al entusiasmo le despareció conforme se aproximaba el momento de poner en práctica su proyecto.

La primera oferta de servicio que le abrió una puerta lo recibió con bastante recelo. Preguntó si estaba en casa la señora.

—Comisionista! No necesitamos nada.

—No, no, mire, es algo muy interesante.

La señora salió en aquel momento.

—De qué cosa interesante se trata?

Felipe empezó a balbucear. Le envió la Sociedad... «Salud y Bienestar» para darle a probar un

hervidor que... tenía la propiedad de conservar... el agua de cocina... porque... Casi siempre... por el contrario...

—¿Cuanto son sólo seis dólares el mes—dijo de golpe ante la respuesta negativa de la señora.

—Este es un barrio elegante—dijo la enorgullecida crianta—y aquí no se compra nada en dicho comercio.

Felipe agradeció, sin embargo, la atención, pidió permiso y se salió. Un sudor frío le bañaba la frente.

*
* *

Desde algún tiempo Teresa no se sentía bien, le cobaban náuseas y tenía mareos de cabeza; pero nada decía a Felipe, que se había muy pronto por sus continuas fiestas. Un día, mientras Felipe hacía su ensayo tentativo, consultó a un médico y sus temores quedaron confirmados. Esperaba su pronta madre. No sabía si alegrarse o apenarse. Felipe no estaba aún en condiciones de mantener un hijo y en la casa no había otra para más. Nuevos problemas se presentaban, nuevos gestos.

En casa encontró reunida toda la familia; incluso Walter estaba allí, el novio de Susan. Tenían proyectado ir a bañarse a la playa de Juna, un baño nocturno muy sugestivo a la luz de bombillas eléctricas, entre una inmensa multitud. Cenarían allí. Pero Felipe todavía no había vuelto. Llegó en el último momento y Teresa se dio cuenta en seguida de que venía malhumorado. Mientras la señora Casa arreglaba al caso que había de llevarse, Teresa llamó en voz baja a su marido:

—Desearía estar a solas contigo. Cenemos en casa.

Pero Felipe se negó:

—¿Qué idea te ha dado? Véndonos también a tomar juntos.

Teresa vaciló antes de salir, pero Felipe sacó su brazo.

En la playa, en vano intentó Teresa apartarse de él y hablarle. Felipe nunca había estado tan nervioso e irritable. En cierto momento, después de la cena, se vistió y, sin atender los ruegos de las suyas y el angustioso de Teresa, a la que le oteó que le llamara Felipe («Yo me llamo Felipe; no estamos en Hollywood, no debes dejarnos sin palabras).

Pronto regresaron a casa, mudados, y se lo encontraron abatido, inmóvil, sin corporeidad. Hacia pasado una hora terrible entenebrecida, persiguiéndole los recuerdos ramatos y las resacas: el torpento Brown, que se burlaba de él ofreciéndole un coronelito; el sargento Diebs, que le daba pulseras para provocar a su madre, que le decía: «Una mujer necesita todo un hombre y no un vertebrado. No como tu padre. No como él.» Como él, era como él... Uno que para nada valía, un fracasado, un desgraciado. Teresa hizo señas a las otras que lo dejaran solo y no le preguntasen nada. Le occurría la cabeza. Entonces Felipe le pidió permiso por haberla molestado; se que estaba como borracho.





—Tú siempre pides perdón, siempre pides que te excusen—dijo Teresa con frialdad.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No, sólo quería hablarte. Tú debes acordarte de aquí, todo mismo noche. Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque estamos distanciándose el uno del otro, cada día más.

—Pero no podemos irnos, no podemos.

—He preparado los maletas hoy, cuando.

—No podemos marcharnos porque mamá se muere, se viene y está delicado; tiene necesidad de mí. Entonces Teresa se rebeló. También ella tenía necesidad de él porque esperaba un hijo.

Felipe se sentó de un lado en la cama. ¿Un hijo? ¿En las circunstancias por que atravesaban? No podía. Era una mujer. No quería que viniese ninguna criatura.

—Tienes miedo de que tu madre no te quiera. Tienes miedo de ser padre.

Felipe se enfureció, lo trató mal, le dijo que se apartara de su vista.

—¡Felipe!—suplicó Teresa por última vez.

—Déjame en paz!

•
• •

Teresa, que se había cambiado vestido y que se levantó a la hora de costumbre, como si nada hu-

biese sucedido, esperó a que todos volvieran, tomó su maleta, ya preparada, y se fue.

Cuando estuvieron todos juntos para comer, lo buscaron inútilmente.

Al pensar que se había llevado todo su equipaje sin decir siquiera un adiós, comprendieron que se había ido para no volver ya más. Encontraron junto a la cama una tarjetita escrita: «No te preocupes de mí. Ya sé dónde debo ir para atender a mi hijo.»

Fue como un latigazo para Felipe. Lo encontraba por encima de todo, volverlo a estar con ella, conseguiría que lo perdonase. Pero antes que nada tenía que hacerse independiente. Era el primer gran dolor de su vida, pero lo soportó ánimoso. Fue una lección muy dura que aceptó como un castigo merecido. Se acordó de Frank, su padrino, que vivía en un suburbio de Nueva York. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? No le vio desde mucho tiempo, le habló con sinceridad, le confesó su complejo de inferioridad, del que no era responsable. El viejo Frank le comprendió, le tranquilizó y prometió ayudarlo. Efectivamente, poco tiempo después le había proporcionado una colocación. No era gran cosa, pero sí lo suficiente para una vida modesta. Le dijo que aquello era sólo para empezar.

Ahora tenía que enfrentarse con su madre. Pero ya no lo temía, ya no temía más ante la idea de que se enojara. Era pronto.

—No me esperes para cenar—le dijo sencillamente.

—¿Por qué?



—Hay entre mi servicio y mi puesto de trabajo está lejos.

—¿Dónde te has empleado?

—En la INCA.

No se atrevió a preguntarle más ni él le añadió otra cosa. La besó y salió. Volvió tarde, después de la hora en que acostumbraban cenar. Su madre le envió sin decirle nada. Quería que la trataran como a un hombre, no como a una muchacha.

Tampoco su padre le decía nada, pero se encontraba muchas veces con su mirada y en ella leía amor, solidaridad, admiración y afecto. Tal vez no llegaran a comprenderse...

De Teresa no tuvo noticia alguna. Primeramente la buscó telefónicamente; después, telefonando, preguntando. No quiso regresar a la Policía porque la habría ofendido y lo detendrían. Una esposa joven, intronizada por el adúltero, que abandona el hogar conyugal y se marcha sin dejar huella...

Pero estaba seguro de que la encontraría. Se dio a buscar en casa, en el dormitorio, una cocina. Halló en un hornillo aporreado, al este de la gran ciudad, en una calle torca y solitaria, la cocina adosada con una terracota soleada, en donde Teresa podría tener plantas, una hamaca y Dios sabía que también un gran quitaoí, fue amueblando la vivienda poco a poco con lo más indispensable. Después, cuando todo estuvo a punto, preparó su ropa y anunció a su madre, como le costó más natural del mundo, que se mudaba aparte.

Ella se alegró en un principio, al ver hacer tantas preparativos, que se iba al campo para pasar el verano. Cuando le preguntó por qué a su hija contestó sólo esto:

—Porque me parece mejor así.

—¿Qué te ha hecho eso? No tengo yo la culpa de que haya sucedido lo que ha sucedido, ¿por qué no me das tan siquiera una explicación?

Estaba a punto de sufrir uno de sus acostumbrados ataques, pero Felipe, en esta ocasión, no le dio importancia. El mal quedaba restringido de raíz. Su madre se curaría, reflexionaría y comprendería aún en prnda de aquel cariño inmenso y exclusivo con que la había distinguido desde el mismo día de su nacimiento.

Vio que sufría mucho y experimentaba una gran pena, pero estaba decidido a jugar su papel aunque pareciera despreciado.

Acudió su padre en su ayuda. Mientras lo señora Casa le rogaba que no se fuera, porque lo molestaba, interrumpió él, tomó de un brazo a Felipe y se lo llevó hacia la puerta.

—Venga, venga, salte pronto, hijo.

Se volvió y:

—Adiós, mamá; te telefonaré.

Salió precipitadamente. Entonces la madre se dirigió al mundo con una óptica concentrada y masiva de angustia indescriptible.

—¿Qué le has hecho? ¿Qué le has hecho?

*
*
*

Felipe vivió con estrecheces, ahorrando hasta el centavo para pagar las piezas del mobiliario y al anticipo del alquiler. Quería que Teresa estuviera contenta de él.

Pasaba los volados en su celda pensando en ella y en el pequeño que iba a nacer.

Un día le telefoneó su padre para decirle que se preparase a tener una gran noticia.

—¿Teresa?

—Sí, Trábasla en una empresa italiana; se encuentra bien. Pero no debe emocionarse. Tén un poco de paciencia todavía. Ya te avisaré...

Felipe, aquella noche, llevó flores a su casa, como si estuviese ya esperando a Teresa en ella. ¡Qué animosa y valiente había sido su «Pajarillo»! Casi no se atrevía a llamarla así, solo, en una ciudad extraña, había sabido comportarse. Había afrontado la vida con una valentía rayana en el heroísmo. Mientras, él... ¿La perdería alguna vez? Sí, tenía razón su padre: convenía darle un pequeño o pequeño beso que entrara, al encargo de unirse de nuevo, de color para siempre al vínculo conyugal.

Se porte no accedió a sus ruegos, nunca quitó con la dirección de Teresa. «Se podría estropear todo». Era un hombre de buen sentido y de excelente carácter. ¿Quién le habría imaginado? Por el amor a su hijo qué había soportado el pseudo yugo: voló, ciertamente, bastante más de lo que parecía.

Y un día, por fin, le telefoneó dándole el nombre de una clínica.

—Ha entrado esta noche. Todavía no se sabe nada. Vete en seguida, luego iré yo también.

Felipe se vistió colgándose de ansias y de temor. Saltaba como un niño. Se apresuró a tomar flores. Quería raras encarnadas, los rosas de la Trinidad de las Alveras. Hubo de recorrer algunas floristerías hasta encontrarlos. Días muy largos por aquella estación... Después se marchó corriendo a la clínica. Lo hicieron esperar en una sala pintada de blanco y con las paredes lisas. Sentado con sus flores en los brazos, se miraba en los ceros de las que esperaban en su convecchia: una mujer anciana, un hombre viejo, una chiquilla rubia, algunos hombres jóvenes, entre ellos un negro y un chino. Alargaban los oídos al más leve ruido, tenían la mirada fija en la puerta por la que entraba y salía una enfermera.

«Teresa, Teresa!» decía llamándola entre sí, «¿sabes qué estoy cerca de ti, que entro por ti y contigo? Tal vez, a la vez, sufrirlas manos...»

Teresa estaba con otras seis mujeres jóvenes en otra sala grande, blanca y de paredes lisas. Esperaban todas ellas el momento terrible y maravilloso. Llegaban fragmentos de conversación de las campearas.

—¿Cuántas flores ha tenido la chinita?—decía una irlandesa—. ¡El hijo de mi marido...

—Ha tenido usted ya un niño—preguntó Teresa.

—Sí, es un pimpón de porcelana, una preciosidad!

—¿Son ustedes muchas de familia?—preguntó Teresa a otra señora.

—Pero no están igual conmigo.

—¿En Italia?

—Sí.

—¡Mamá!—exclamaba Teresa apretando los dientes—. ¡Mamá, ayúdame tú! ¿Por qué me estás uniendo a mi lado?

—Tu marido estará en oscuras—dijo la irlandesa dirigiéndose a ella.



—Yo no sé dónde está mi marido.

Entonces, a pesar de sus sufrimientos, todas se compadecieron de ella.

—¡Enfermera!—dijo llamándola la irlandesa porlanchino—. ¡Venga en seguida! ¡La italiana!

•
•

El señor Cass se reunió con Felipe. Daba un regusto por el pequeño.



—El primero no, de ser el del dibujo!
Cuando la enfermera salió a decirle a Felipe que era un niño, se abrazó emocionadísimo a su padre, que tenía las ojos humedecidos por las lágrimas.
—¿Puede verlo?—preguntó Felipe a la enfermera.
—No; mañana lo verá.
—¿Y... mi mujer?
—Se encuentra bien. Mañana también podrá verla usted.

El señor Casa quería llevarse a casa a su hijo. Su madre esperaba el acontecimiento con mucha impaciencia. Ello estaba también muy turbado...

—No; esta noche, no. Hacemos saber así.
A la mañana siguiente acudió con precipitación. Delante de la «suspensión», protegida por una vidriera, vió por primera vez a su primogénito, el pequeño Casa, muy diferente de los demás recién nacidos puestos en hilera con él, devorados todos por las miradas de sus respectivos papás, alineados con Felipe, que estaban entusiasmados.

—¡Se parece a Teresa!—dijo Felipe convencido. Después les hicieron ponerle a todos los nuevos padres unas cómodas botas blancas estériles que se amarraban por detrás. Camuflado de ese modo se presentó a Teresa.

Se curó un puntito, pelito, pero atronó, en las cunuchas de la cama.

Sus miradas se encoliraron fijamente. Las cosas estaban allí, junta a su hijo adorado, y resplandecían como si resplandeciesen.

—Gracias, «Venerable»—dijo Felipe tomándose su mano y besándola apasionadamente.

Ello sonrió, débil.

—La he visto, ¿verdad? No sabe más preciosidad. Es un puntito rojo tuyo. Los ojos los tiene azules como tú. No sabes, Teresa? Tenemos una casa nuestra. Estoy cocinando. Tendrás hasta un terradito para las fresas.

Entonces sus grandes ojos negros, sin de mujer en uno cara de niño, quedaron humedecidos:

—Papá! ¡Mamá!

F. N.





Radburn
4/11
96

CINE ALBUMS

DON CAMILO

TERESA

KIM

EL PRINCIPE Y EL MENDIGO

EL GRAN CARUSO

EL PADRE DE LA NOVIA



En Prensa:

MUJERCITAS

EL PADRE ES ABUELO

CAPITANES INTREPIDOS

ADIOS, SEÑORA MINIVER

LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS

Carretera, 12 (Paseo Paz)

MADRID